

Mujeres y hombres velasquistas

Men and women followers of Velasco

Mulheres e homens velasquistas

Patricio Moncayo

Universidad de Las Américas (UDLA)

Quito, Ecuador

<https://orcid.org/0000-0003-3110-9036>

<https://doi.org/10.29078/procesos.v.n54.2021.2941>

Ximena Sosa propone en su libro *Mujeres y hombres velasquistas*, abordar el tema del velasquismo a través de las categorías de cultura política, género y memoria. Se trata de una nueva manera de enfocar un fenómeno que ha sido tratado desde un ángulo principalmente político. La propia categoría populismo adolece de ese sesgo. Las relaciones intersubjetivas entre Velasco y sus partidarios, así como con sus adversarios, configuran un campo que no ha sido explorado en anteriores estudios sobre el velasquismo.

El período que comprende el análisis abarca los cinco gobiernos de Velasco Ibarra, sus derrocamientos y su permanencia. A lo largo de esas administraciones, la autora destaca los rasgos culturales de esa asimétrica relación entre el *aristócrata intelectual* y la masa electoral. Esa asimetría tiene en la cultura ecuatoriana un terreno propicio para encumbrar a una autoridad paternal, con alto capital cultural, que seduce a las masas incultas a través de sus discursos y de obras de valor social. Ser objeto de atención por parte de un intelectual capaz de competir con los intelectuales de las élites ecuatorianas, para quienes ellas eran parte del paisaje social, elevaba su autoestima.

El intercambio que se vertebra entre el apoyo electoral de una población carente de medios de vida elementales y la *devolución* de ese apoyo en obras tangibles realizadas en las distintas administraciones de Velasco, explican la *continuidad inestable* de un paternalismo funcional. Con la categoría *género* la autora delinea la asimetría de las relaciones entre hombres y mujeres en el contexto de las asimetrías político-culturales. La *masculinidad hegemónica* no se asienta solo en el ámbito privado, sino que se extiende a la esfera pública. Es relevante la distinción que hace la autora entre feminismo *relacional* y feminismo *liberal*.

En ese marco, analiza el papel de las mujeres velasquistas que prestaron sus servicios logísticos al líder en las campañas electorales, y en el campo de la educación femenina. En esta, se mantiene el objetivo político electoral en beneficio de su patrocinador. Con la categoría *cultura* rastrea la intersubjetividad de los partidarios y adversarios de Velasco y, por cierto, la carga subjetiva de la acción comunicativa de sus gobiernos. Aquí juega un papel importante la *memoria* en la que quedan registradas las huellas de la obra pública.

Siguiendo el hilo conductor de esta original interpretación, es posible diferenciar el carácter que tuvo la educación femenina, impulsada por Velasco, y la que primó en la educación masculina. Podría decirse, entonces, que niñas y niños, adolescentes varones y mujeres, reprodujeron la relación de género predominante. En la educación femenina, la política quedaba fuera de las materias escolares, mientras que en la educación masculina, la política estuvo presente en las aulas y en la calle.

La libertad de conciencia dividió a las mujeres. En el feminismo *relacional*, ella estuvo constreñida. En cambio, hubo mujeres que, sin declararse feministas, ejercieron esa libertad en los hechos. Fue el caso de mujeres notables como Luisa Gómez de la Torre y Nela Martínez, cuyas vidas se basaron en su autonomía en el campo de la acción y de las relaciones familiares. Velasco Ibarra censuró la noción de la mujer “liberada”. Él reivindicaba la “femineidad”, que implicaba “no entregarse”. Reivindicaba su “pureza” virginal y su catolicismo. Velasco se alineó en esta confrontación con los conservadores. Mantuvo distancia con el laicismo, dándole acceso en él a la libertad de enseñanza, incluida la católica. Así les volvió a abrir las puertas a los conservadores, excluidos de la escena política desde la Revolución Liberal.

En el *campo político*, Velasco fue un factor desequilibrador. La heterogeneidad ideológica y política de sus gabinetes fueron siempre un terreno minado. Su temperamento explosivo interfirió en sus decisiones, como el golpe de Estado en el primer velasquismo. Sus antagonismos políticos estuvieron teñidos de enemistad personal, como fue su litigio con Arroyo del Río. No supo lidiar con sus aliados de ADE, en especial de la izquierda, en “La Gloriosa”, y ello le llevó al golpe de Estado de marzo de 1946. En 1960-1962 la pelea con su vicepresidente, Arosemena Monroy, desembocó en la dictadura militar de 1963. El paternalismo de Velasco tuvo un ingrediente autoritario que proyectó la imagen de *mano dura* en las muchedumbres sujetas al despotismo social de las élites. Que Velasco les *reprendiera* a estas, mientras, por otro lado, atendía con la obra pública a aquellas, redimía simbólicamente a los pobres frente a los ricos.

Quizá en la creación de la Universidad Católica, Velasco pretendió socavar la gravitación de la universidad estatal, en especial de la Universidad

Central del Ecuador, calificada por él como un nido de activistas revolucionarios y terroristas. La experiencia de la Gloriosa reveló a Velasco el potencial *subversivo* de esta institución. La democratización de la educación superior era una afrenta a la *aristocracia intelectual*, de la que Velasco se sentía connotado integrante. En los capítulos respectivos, la autora recorre la acción de los gobiernos de Velasco en el agro y en el mundo laboral. También aquí frenó la constitución de nuevos actores políticos. En la población rural, los indígenas fueron acercándose a la política, gracias a la labor desplegada en el campo por la izquierda. Igual ocurrió con los trabajadores urbanos.

Velasco, como lo revela la autora, apostó más a la evolución que a la acción política, tanto de campesinos como de obreros: “la enseñanza obligatoria y generalizada, la universidad popular, el periodismo, la facilidad de informaciones y comunicaciones, la radio, la televisión *ha puesto de pie a los pueblos*”. Entre la CTE, de orientación izquierdista y la CEDOC, vinculada a la Iglesia católica, hubo una competencia por atraer a los trabajadores a sus filas. Velasco, por su parte, a través de la obra social, aspiraba a legitimar sus victorias electorales y desvanecer la imagen de demagogo, propalada por sus detractores.

Hubo también al respecto distintas percepciones sobre la democracia. Ni Velasco ni la izquierda valoraron en su justa medida la democracia. Por eso la autora califica el régimen político que se instauró con Velasco como *democracia delegativa*. La izquierda, por su parte, desconfiaba de la práctica electoral de la que, a su juicio, sacaban provecho los mismos miembros de las *trincas* que se turnaban en el poder. Y confiaban más en la acción directa: huelgas y protestas callejeras.

Un valioso aporte es el que se refiere al conflicto de Velasco con los ferroviarios y la concomitante alianza que supo establecer con los choferes. Así desmontó lo que para él era un foco de agitación nacido de la influencia de los comunistas en la organización y acción reivindicativa de los ferroviarios. Con el plan vial los trabajadores de las rieles se sintieron desplazados. Además, para la ejecución de dicho plan, Velasco abrió oportunidades a las compañías constructoras de carreteras, lo cual apuntaba a despertar simpatía entre una capa emergente de empresarios.

El libro de Ximena Sosa muestra fehacientemente que no fue Velasco, ni sus gobiernos, el gestor del cambio de modelo económico: del agroexportador al de industrialización por sustitución de importaciones. Es que tuvo dificultad de acoplarse a la racionalidad técnica. Ante la negación del Banco Central de un empréstito solicitado por él, objetó: “venir a hablar de inflación cuando el pueblo se muere de hambre”.

Un estudio en torno a las variables culturales del velasquismo no puede prescindir de su inserción en el contexto social en el que dicho fenómeno

apareció, se reprodujo y mutó. El país cambió radicalmente a partir de los años cincuenta. Ello afectó al velasquismo, tanto en su forma como en su contenido. Velasco se vio rebasado por las modificaciones socioculturales que se produjeron en el mundo y que impactaron en el Ecuador. “Está naciendo una nueva mentalidad humana, que no la podemos comprender los que estamos dentro del problema, una nueva mentalidad humana que a algo conduce”.¹

Mayo del 68, el movimiento hippie, la Teología de la Liberación, el desarrollo, el feminismo, la ecología, la revolución tecnológica. Los medios de comunicación adquirieron preponderancia, dejando en segundo plano la teatralidad oratoria de Velasco: “dadme un balcón y seré presidente”, dejó de tener vigencia. La correlación de fuerzas cambió. Emergió una clase media más culta y más informada. Se vino abajo el régimen de *hacienda*. Las dictaduras militares impulsaron la industrialización. El Estado se vio fortalecido con el *boom* petrolero. El país se abrió al mundo externo y quedó atrás ese *aislamiento* que Velasco quiso remediar con su protagonismo histriónico a nivel regional.

La investigación que sustenta esta obra contiene una valiosa información empírica. El libro de Ximena Sosa abre un nuevo campo de reflexión que, de seguro, enriquecerá la perspectiva epistemológica desde la cual se ha tratado el tema del velasquismo. Sin duda es una contribución al debate sobre el populismo, en momentos en que este fenómeno ha vuelto a aparecer en la escena política, no solo del Ecuador sino de América Latina.

1. José María Velasco Ibarra, “Entrevista grabada”, *Revista Mañana*, n.º 295, 26 de mayo de 1969.